

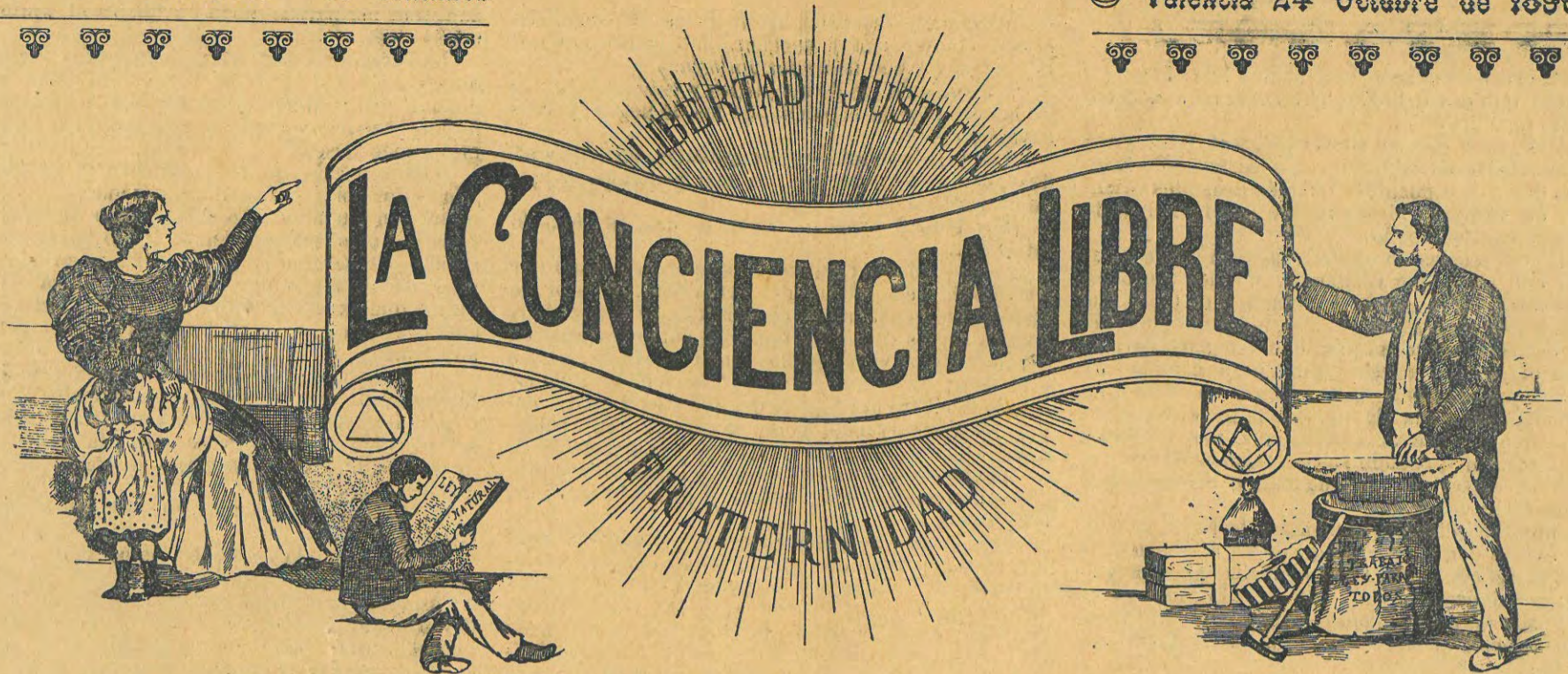
Valencia
1896

02845

C.D.H.S. - A.E.P.
Barcelona

Número extraordinario. ... 15 céntimos

Valencia 24 Octubre de 1896



¡Guerra á la hipocresía y á la ignorancia!

¡Paso á la ciencia y á la verdad!



BELÉN SÁRRAGA DE FERRERO

Directora de LA CONCIENCIA LIBRE

FORTALEZA

Sería preciso dudar de la Suprema Justicia si fuese cierto que esa debilidad que achacan á nuestro sexo era ingénita en él.

Bien se sabe que no es verdad, y si se pregona muy desconsideradamente nuestra carencia de fuerzas, no dejan de escucharse también ardientes defensas de esa fortaleza de ánimo de que la mujer da pruebas á cada momento.

Si las diferencias de naturaleza y la pobre y rutinaria educación que recibimos, no nos permiten considerarnos á la altura del hombre en todos sus pensamientos y obras, en cambio, logramos superarle en esa resistencia sublime que tenemos para el sufrimiento, y que representa una gran cantidad de energías que apenas si se nos tienen en cuenta. Es una ventaja, sin duda alguna, que la mujer tiene sobre el hombre y la cual la predispone para poder en el día de mañana, cuando sus derechos sean más reconocidos, elevar su personalidad al concepto real que aun no ha merecido.

El hombre odia el sufrimiento y le huye, cuando no se aviene con los sacrificios de un apostolado; la mujer, por el contrario, halla simpático el dolor y lo busca; por delicada ó ruda que sea, abre con gusto su corazón al padecimiento ajeno, confundiendo con sus propios males, de los que siempre está rebosante su alma.

No decidla nunca para hacerla retroceder en cualquier paso, que en él puede encontrar cruentos sufrimientos; vacilará ante los abismos que presentan las grandes concepciones del espíritu humano, no tendrá el más mínimo valor para afrontar el franco peligro pero, se arrojará con voluptuosidad infinita en todas las profundidades de la amargura, como si estuviera poseída de la sombría locura de una inextinguible sed de lágrimas.

¿Y si tiene esta fuerza enorme para sentir el dolor, por qué crearla tan débil para sostenerse con firmeza en el terreno que pisa el hombre?

A poco que su razón pueda ser iluminada por los reflejos del sol de un nuevo día y su conciencia despierte al grito de libertad que lanza el mundo, podrá vérsela desempeñando, con toda la energía necesaria, el puesto que en la sociedad le corresponde.

Hasta hoy han sido excepciones de los siglos, el heroísmo de las matronas romanas, el de las defensoras del suelo patrio y el de las mantenedoras de algunos de nuestros derechos; viniéndose celebrando como casos aislados los rasgos de ingenio de las inteligencias femeninas y las altas virtudes que en críticos momentos han demostrado. Mas, de hoy en adelante, llevando á la mujer por la senda que se le presenta, esos heroísmos, esos talentos y esas virtudes de que tan necesitada está la sociedad, surgirán á cada instante de las de nuestro sexo, para prestar su concurso á la obra de regeneración que los espíritus levantados intentan llevar á cabo.

Hemos conquistado un derecho; el de circular libremente por ese camino que el hombre va abriendo con las ansias de poseer lo que busca. Ayer, nos decía la Iglesia: «Huye del hombre maldito que se sale de nuestro seno para explorar regiones que están fuera de nuestra fe» y temblorosas de espanto, pensando en la condenación eterna, nos acogíamos bajo las bóvedas de los templos, buscando en sus lúgubres sombras y en los plañideros ecos de los cánticos del rito, un largo sueño á nuestras conciencias. En cuanto pudo escucharse la voz de una mujer, rebelándose contra el dogma, fueron saliendo de su letargo, las pobres almas que nunca se atrevieron á levantar su vuelo más allá de las oraciones que aprendieron en la cuna. Y en vano la Iglesia sigue lanzando sus anatemas, que unidos á la crítica social, arrojan grandes obstáculos ante la huida de las que vuelven la espalda al retroceso, pues nada importa para que ellas se alejen en busca de las benditas claridades que han de iluminar sus conciencias y han de mejorar sus días.

¿Que se necesita para seguir el camino emprendido? Saber sufrir; fortaleza para el dolor.

Escarnio, insultos, calumnias, asechanzas, odios, crueldades, martirios sin fin, todo viene sobre nosotros para arredrarnos en nuestro empeño, pero no cuentan con nuestra enorme fuerza, con nuestro corazón de mujer, grande, inmenso para el sufrimiento.

No mostraremos la figura del Cristo, harto señalada ya para inspirar misericordia, con su cuerpo chorreando sangre y su frente coronada de espinas; esto no dice nada á nuestros enemigos que ignoran la compasión, puesto que miran con indiferencia todos los dolores humanos; no contamos, no, con su generosidad para lograr el triunfo soñado; contamos con nuestra fortaleza que nos hará resistirlo todo antes que doblegarnos á esa imposición fanática de servidumbre que hemos respetado en nuestra ignorancia.

Todo lo soportaremos, pues; cuanto más henchido de sufrimientos tenemos el corazón, más nos interesamos por hallar remedio á los dolores que trastornan á la pobre humanidad.

AMALIA CARVIA.

Cádiz Octubre 1896.

LOS HOMBRES NEGROS

¡Ah! temedles, ciudadanos: temedles y evitadles como se teme y evita el peligro, como se retrocede ante el crimen, como se huye de la epidemia.

Y, conste que no nos referimos á los desdicha-

dos seres cuya epidermis teñida por el sol ecuatorial puede ocultar una provechosa inteligencia, un noble corazón y una honradez acrisolada.

Tratamos de los de apoplética y rubicunda cara, de los de mirada hipócrita, de los de negro y carnavalesco traje.

¿Les veis desbordarse por capitales, pueblos y aldeas, como se desbordan las mal contenidas aguas de un torrente impetuoso?

¡Ay! todo lo asaltan, todo lo invaden, todo lo inundan...

Ante su odiosa presencia desaparecen como por encanto las conquistas del progreso.. y la breve historia de los tiempos de libertad, se borra de la dorada página donde fué impresa, como se borraron del libro de la vida aquellos pueblos asirios, persas y caldeos; como desaparecieron sus célebres ciudades de la ribera del Tigris, del Eufrates y de las playas del Mediterráneo; como se precipitaron al abismo del no ser, aquellas asombrosas edificaciones en su apogeo deslumbradoras, que se llamaron repúblicas comerciantes de la Fenicia y patria belicosa de los filisteos.

Porque esos hombres anacrónicos infestan, perturban y aniquilan el conjunto armónico del adelanto universal; porque son los nuncios de la mala nueva; porque al pisar ellos los lugares teatro de esplendores de civilización y de riqueza, los convierten en campos de desolación y de soledad, en polvo movedizo, en ruinosas obstrucciones inabordable para la ignorancia que esparcen con profusión indescriptible.

¡Sí, mil veces, hermanos y hermanas nuestros: apartaos de esas funestas huestes, ó mejor dicho, perseguidlas hasta que abandonen vuestro suelo; de lo contrario, temblad!

¡Temblad por vuestros compatriotas, y por vuestros paisanos, y por vuestros amigos, y por vuestros deudos, y por vosotros mismos...!

¡Temblad, porque su lascivia destruirá la energía física-creadora, y veréis vuestra tierra desnuda de habitantes y cubierta de sepulcros...! ¡Temblad, porque vuestras mejores obras de justicia y bienandanza, se desplomarán pulverizadas por sus fraudes y egoísmos...!

¡No les dejéis seguir la senda comenzada.. Cortadles el paso, y con un destello de virilidad, propia de los pueblos cultos, expelidles del cuerpo de vuestra sociedad, como se expelen los nocivos parásitos que á ciertos cuerpos materiales se adhieren!

Veréis entonces, con qué velocidad les sigue el carro de todas las tiranías; veréis como se multiplican las magníficas y brillantes creencias de la inteligencia humana.

Y tendréis baluartes de Ninive, y muros de Babilonia, y palacios de Persépolis, y templos de Balbek y de Jerusalén, y flotas de Tiro, y astilleros de Arad, y talleres de Sión... pero baluartes de defensa contra el vicio; murallas para guardar tras ellas los descubrimientos de la ciencia; palacios para en su recinto educar al pueblo dignamente; templos erigidos á la sabiduría y al trabajo; flotas para arrancar las fabulosas preciosidades enclavadas en el lecho de las aguas; astilleros para en ellos construir la nave que al porvenir os conduzca y talleres, ¡muchos talleres! para dar muerte á la vagancia, que es la perversión, que es el crimen...

¡Fuera los hombres negros, de traje y de corazón! ¡Guerra á las falanjes que aportan las sombras del error á los luminosos espacios del cerebro inteligente! ¡Atrás los zánganos y explotadores! ¡Viva el pueblo redimido!

ANGELES LÓPEZ DE AYALA.

Gracia, Octubre 1896.

¡Arriba los corazones!

Me parece lo más lógico que el ladrón y el asesino se envuelvan en las sombras de la noche para cometer sus crímenes, que el libertino se avergüence de sus vicios y que el falsario se ruborice al descubrirse sus engaños; pero que el hombre digno y honrado se avergüence de su dignidad y de su honradez, eso no lo concibo. Por eso me parece también inverosímil, á pesar de verlo y tocarlo, que haya tantas personas que profesando ideas de libertad y de progreso no tengan valor para obrar conforme les dicta su conciencia.

¿Por qué sucede esto? He aquí la pregunta que me hago constantemente sin hallar respuesta satisfactoria, á excepción de esta: que los tales no tienen verdaderas ideas aunque crean lo contrario. De otro modo su conducta fuera diferente.

¿Que madre se avergüenza del hijo que ama? Ninguna; antes por el contrario se siente orgullosa de demostrar á la faz del mundo entero que ella dió la vida á aquel ser tan querido.

Asimismo el que está verdaderamente convencido de que sus ideales son la verdad, tiene á grande honra de mostrarlo con sus actos, sin importarle nada el ridículo y el desprecio que algunos tanto temen.

Si yo, por ejemplo, tengo verdadera convicción de que mis palabras, mis escritos y mis actos no tienen otro objeto que la defensa de la verdad, de la justicia, de la libertad, del progreso, de la ciencia, en una palabra: de todo lo bueno y de todo lo verdadero, ¿qué puedo temer? Si algunos me desprecian, si algunos intentan mortificarme en uno ú otro sentido, ¿quiénes serán los que tal hagan? Los hipócritas los farsantes, los tiranos, los oscurantistas, los ignorantes, y, francamente, debo decir en honor de la ver-

dad, que me parece poco envidiable el aprecio de tales entes.

En cambio estarán conmigo todos los buenos, todos los sinceros, todos los verdaderos liberales, todos los que caminan hacia adelante aunque por diferentes sendas, por cuanto yo á todos los amo. ¿Qué más puedo desear?

¿Que son estos en corto número? ¿Que importa? ¿Que estoy sola, que nadie me secunda, que nadie me imita? ¿qué, también? Lo que pierdo por un lado lo gano por otro; pues si bien es cierto que sería para mí una satisfacción tener compañeros en ideas que me ayudasen á propagarlas con la práctica, no lo es menos que experimento un placer purísimo cuando tengo ocasión de presentarme como ejemplo á los que aun temen.

¿Qué gloria para mí poder decir: «Soy mujer débil y pobre; pero tengo mi pensamiento y mi conciencia libres; camino tranquila por la senda del progreso, rindo culto á la verdad, sin preocuparme lo más mínimo por la insensata oposición de los amigos de las sombras!»

¡Ah! quien ve la luz no puede conformarse con ser ciego!

¡Quien siente la verdad en su corazón no puede conformarse con ser hipócrita!

Aquellos tiempos de barbarie en que, por medio del tormento, se obligaba á los hombres á decir lo que no sentían, han pasado para no volver. La odiosa hipocresía no tiene excusa en el siglo XIX.

¡Arriba, pues, los corazones!

MARIA TRULLS ALGUÉ.

Igualada, Octubre 1896.

¿LA MUJER ESPAÑOLA ES RELIGIOSA?

A esta pregunta se contestará sí ó no, según lo que se entienda por religión; conforme la entiende la autora del artículo, no vacila en responder negativamente.

La mujer española es devota, beata, supersticiosa; el culto al rito superficial, la forma, lo son casi todo para ella, dejando muy poco lugar para el fondo, para lo profundo, para lo elevado, para lo íntimo, que constituye verdaderamente la religión. El culto es como espectáculo que distrae el tedio de la ociosidad en que viven nuestras mujeres.

Esta disposición aumenta los inconvenientes de la preponderancia autoritaria sobre la razón; de lo vulgar sobre lo sublime; de lo exterior sobre lo íntimo; de modo que la fe penetra apenas en el espíritu, y no sólo contribuye poco á la perfección, sino que en algunos casos sirve de anestésico á la conciencia, como con mucha propiedad se ha dicho.

Seguramente nuestra fuerza para el cumplimiento del deber no es infinita, y la que empleamos en cosas perjudiciales ó indiferentes, suele faltarnos para las útiles é importantes, y así se ve muchas veces á la mujer sacrificar lo esencial á lo accesorio, preocuparse mucho de puerilidades devotas y poco de deberes sagrados. Cuando se considera que la predicación y enseñanza de Jesús fue enteramente moral, y la poca influencia moral que la religión tiene en la vida de la mujer, llega en ocasiones hasta ocurrir la duda de si es cristiana.

La dictadura espiritual del catolicismo con la infalibilidad en el acierto y la minuciosidad de las reglas, disciplina las colectividades de modo que no deja espacio para que se mueva y señale la personalidad de los individuos; religiosos, hacen, dicen, piensan lo mismo, y parecen contorneados conforme á la misma plantilla: la invariabilidad de ésta aumenta con la ignorancia y sumisión de los que se amoldan á ella, y parece que llega á su máximo en la mujer española. Estudiándola en todos los grados de la escala social, en el vicio, en el delito, en la honradez y en la virtud, admira la semejanza religiosa (devota) en medio de tan esenciales diferencias, y como la pobre harapienta y la gran señora, la prostituta y la hermana de la caridad, creen que la religión es el culto, é igualan lo accesorio ó le dan la preferencia sobre lo esencial. Por encima ó por debajo de las creencias, hay en unas el pecado y en otras la virtud; pero como si en medio hubiese una zona religiosa neutral, moralmente hablando, criaturas perversas no se tienen ni son consideradas como impías. La adúltera, en el hogar que mancha; la prostituta, en la casa infame; la delincuente en la prisión sin estar arrependidas, son devotas, y esperan el cielo, no de la enmienda, sino de prácticas exteriores, fáciles por lo común y aun atractivas, de sufragios y oraciones é indulgencias que se aplican, y cuyo mérito exageran hasta que pueda suplir el que las falta.

En las mujeres que se consagran á Dios, como ellas dicen, se vé que la tendencia á la exterioridad y á la oración prevalece sobre la moral íntima, aun más en la clase media y elevada que en el pueblo. A él pertenecen las Hermanas de la caridad, con raras excepciones, mientras las señoritas se hacen monjas ó adoratrices; y si bien éstas procuran corregir mujeres extraviadas, la mayor parte de su vida la absorbe el culto y la contemplación, sistema que, dicho sea de paso, no es muy eficaz para regenerar las pecadoras que recogen. De aquí resultan dos males: que una gran parte de fuerza se inutiliza para la obra social, y que en las comunidades religiosas que contribuyen eficazmente á ella, como las hijas de San Vicente de Paul, las Terciarias, etc., se echa de menos la cultura que, siquiera en las formas, podría llevar á estos institutos muchas de las jóvenes que se encierran en los conventos.

DESDE LA MONTAÑA

El mar replegado cual gigante inmenso, en su lecho de perlas y corales reposa sereno.

Y en torno, un gran prado de musgo cubierto, al creyente le llena de esperanza y humilla al ateo.

¡Conjunto sublimel Conjunto soberbio, que al espíritu ensancha y le produce dulces devaneos.

Un sol esplendente que da vida y fuego; la brisa, susurrando entre las ramas suaves gorjeos;

El verde subido de algunos terrenos, mezclado al amarillo que descuella en cuadros enteros.

Las quebradas peñas, el blanco sendero, las lanchas que se mecen en las aguas, lo leve del cielo:

Las casas campestres, lo grande, lo inmenso del espacio que en torno me circunda, la luz, el silencio.

Todo me anonada, me habla de misterios, y me dice que Dios no es el Dios chico que á mi me impusieron.

Me dice que el mundo marcha á lo perfecto; que á entorpecer la marcha se apresuran miseros pigmeos;

Mas, que al fin desmayan, retroceden luego, y ocultan en la historia su existencia, de triste recuerdo.

Me enseña sus almas formadas de cieno, sus dañados é inmundos corazones, vampiros del pueblo.

Mirales cual corren á implantar gobiernos, explotando conciencias y bolsillos, sin hallar un freno.

Ellos, los que llegan al poder ó al templo, escalando montones de cadáveres por subir más presto.

Los que infringen leyes, los que imponen cetros, los que modestamente se declaran de Dios tesoreros.

Los que desde el púlpito ó desde el congreso, desde el senado ó desde otra altura juegan con los pueblos.

Esos, los hipócritas, los viles negreros, que enarbolan el látigo cobarde y azotan al bueno.

Los que á la mujer hacen su instrumento, y allá al confesonario la conducen por lograr su objeto.

Esos que entre lago de hiel y veneno, sepultan el espíritu del siglo, contra él combatiendo.

Esos opresores del alma y del cuerpo, constituyen la nota discordante que da el Universo.

¡Huye su presencia! ¡Apártate de ellos, y procura apartar á tus hermanos si eres un ser recto!

Diles que los tronos, como son tan viejos, retiemblan ante el soplo democrático y se van hundiendo.

AEP - CDHS BARCELONA

El clero, en general muy ignorante, no quiere la mujer instruida, y por inclinación, por instinto, ó por cálculo, es mejor auxiliar para mantenerla en la ignorancia que para instruirla.

Lo dicho, como regla, tiene excepciones muy honrosas, y tanto más dignas de aprecio y aun de respeto, cuanto que en este asunto lo que en otros países es sencillo y fácil, es difícil y meritorio en España.

CONCEPCIÓN ARENAL.

LA HISTORIA DE SIEMPRE

Los niños y los locos dicen verdades. (Refran popular).

Visitando hace mucho tiempo la casa de dementes de R. acompañada del anciano director de la misma y cuando ya nos halláramos en el patio por donde discurren los locos pacíficos, fuimos interrumpidos por uno de mediana edad y de fisonomía simpática, que acercándose á mí con tranquilo ademán, me preguntó:

—¿También es usted mujer de un obrero? Quedéme un momento perpleja; el director me dijo por lo bajo:

—¡Chit! no le contradiga usted, es su manía. —Sí, contesté entonces. —Pero no tendrá usted hijas, ¿verdad que no? —No; añadí recordando la advertencia de mi acompañante.

—Ya lo creo que no. ¡Mujer de un obrero pobre y tener hijas! Y que vayan á la fábrica... y que el amo las maltrate y que su padre mate al amo... ¡Oh, no; no! ¿Verdad que no? Eso es una infamia.

Sus ojos despedían llamas; me había cogido el brazo y me lo apretaba con fuerza; pero seguidamente por una brusca transición, soltome diciendo con acento dolorido:

—Los mártires del trabajo no podemos tener hijos mientras el pueblo no sea libre.

Y soltando una histérica carcajada se alejó, sin preocuparse más de mí.

—¡Que palabras más extrañas! murmuré.

—Son el resultado de la causa de su locura, díjome el director.

—Si no le fuera molesto y tuviera usted la amabilidad de contar...

—No tengo inconveniente.

Sentámonos ambos en un banco próximo y mi acompañante comenzó de esta manera:

Más de tres años hace que ese desgraciado se encuentra en este establecimiento. Antes de la época citada, era Pedro (así se llama) el mejor y más honrado trabajador de la fábrica del Sr. Z...; jamás los encargados tuvieron que reñirle por la más mínima falta, siendo por estos considerado, cuanto querido por sus compañeros.

Pedro tiene una mujer á quien adoraba y una hija de 17 años en quien ambos cifraban toda su alegría.

En verdad que la hija de Pedro era todo un hermoso capullo, razón que el amo de la fábrica creyó suficiente para poner en ella los ojos esperando que la brillantez de sus proposiciones vencerían deslumbrando á una beldad tan pobre.

—¡Qué infamia!—repliqué!

—¡Infamia!—me dijo el director.—¡Oh, hija mía; sus pocos años la hacen ignorar sin duda que siempre la riqueza se cree con derecho á insultar los harapos!

Volvamos á mi historia. La honrada muchacha rechazó con indignación los ofrecimientos de aquel sátiro que por aquel entonces tuvo que confesarse vencido.

Pasó el tiempo y llegaron las elecciones. Por la fábrica se repartió un papelito con el nombre del candidato ministerial á quien por orden del dueño habían los trabajadores de votar. Pedro, republicano de corazón, negó su voto.

—¿Fue éste el motivo? ¿Fue, por el contrario, en venganza de la negativa de la hija? Esto lo ignoro; sólo puedo decir á usted que á la mañana siguiente Pedro era despedido de la fábrica.

Al principio no se apuró, tenía algunos ahorros y viviendo de ellos podía esperar á encontrar nuevo acomodo; mas el tiempo fue pasando, los recursos se habían acabado, y en cambio todas las puertas á que llamaba Pedro parecían cerradas para él.

—¿Pero qué razón había para esto?

—¡Oh, quién sabe! Acaso recomendaciones de su antiguo amo. ¡Son tan amigos entre sí los ricos!

Por fin llegó la miseria terrible, amenazadora; la honrada familia procuró hacerle frente, mas en vano; ninguno de los tres encontraba el medio de ganar un pedazo de pan. ¡Situación horrible, carecer de alimento sintiéndose uno fuerte y robusto para ganarlo con el sudor de su rostro!

Por fin, desesperada la madre, concibió un proyecto que comunicó á su hija. ¡No era el antiguo amo quien le había despedido? pues él podía de nuevo admitirle, y lo haría, si, ¿por qué no? Ella le suplicaría llorando y él se haría cargo de su injusticia y la repararía. Para hacer más fuerza irían las dos y él tendría compasión de aquella inocente criatura.

La hija la escuchó sin atreverse á revelarla las proposiciones de que había sido objeto.

Salieron ambas, mas al salir no se fijaron en Pedro que, habiéndolas oído hablar con misterio, las seguía para ver lo que aquello significaba.

Llegaron á la fábrica entrando en ella antes de que Pedro, que venía á distancia, pudiera impedirlo. El amo estaba en su despacho, y hacia él se encaminaron. Pedro, que conocía la casa, se deslizó por una escalera de servicio y llegó hasta la puerta, tras de la que escuchaba la conversación del Sr. Z. con su familia. Oyó la voz de su mujer suplicante, la del otro agría y atrevida; luego sollozos.

Volvió á hablar el amo. Mas ¿qué fue lo que dijo? ¿qué clase de proposiciones exployó ante las dos mujeres? Frases terribles debieron ser, porque al oír las el cuerpo de Pedro sufrió una conmoción, empujó resueltamente la mampara que le separaba y penetró en la pieza.

Su mujer é hija temblaron al verle; él no obstante parecía tranquilo.

—Ahora soy yo el que vengo á tratar con usted—dijo al dueño—Mande usted que acompañen fuera á

mi familia y luego—añadió plegados los labios—tratemos los dos.

Quizás por primera vez en su vida, el Sr. Z. obedeció. Al sonido de un timbre apareció un criado, recibiendo orden de acompañar á las dos mujeres hasta la puerta de la calle. Ellas se resistían, pero allí estaba Pedro con su enérgica mirada para hacerlas obedecer. Salieron.

—Y bien, hablemos, Pedro—dijo el Sr. Z. que, engañado por la tranquilidad del otro, creía posible el logro de sus deseos.

—Tras de esa puerta se oye todo—dijo Pedro con intención.

—Mejor; así me evitas enojosas explicaciones—contestó el amo con desparpajo dando vueltas á un precioso cortapapel, tras de su mesa-despacho.—Ya sabes lo que quiero. Tus opiniones contrarias á las mías te cerraron las puertas de la fábrica; has visto en este tiempo que mi poder alcanza más allá, porque tampoco en ninguna otra te han recibido. Pues bien, tu hija, tu hija sólo, puede hacerte entrar aquí de nuevo, no como antes, sino ocupando uno de los mejores puestos en la casa.

—Ya lo sé; á costa de su honra.

—¡Palabras, Pedro, palabras!—dijo cínicamente el propietario.—Lo que hay que evitar es el escándalo; las apariencias son el todo, pero en el fondo ¡pamemas, Pedro, pamemas! ¿Crees acaso que tu hija será la última ni la primera que lo haga?

Y después de todo, ¿qué quiero yo? nada, asegurar su porvenir. Tú tendrás el mejor destino de la fábrica, emplearé también á tu mujer ¿sabes? ¡cubrir el expediente! y á más de esto señalaré á tu hija una pensión. ¿Qué podrá desear ella que no tenga?

Pedro, oyendo todo aquello, permanecía tranquilo; no obstante si su interlocutor se hubiera fijado más en sus ojos, le habría chocado el siniestro brillo que despedían. A pesar del esfuerzo indecible de energía que aquel silencio le costaba, aun preguntó al Sr. Z. tranquilamente, pero con firmeza:

—Y si yo me negase?

—¡Ah! si te negases, peor para ti. ¡Desengáñate, Pedro, los pobres no podéis ser orgullosos!

—¡Usted llama orgullo á la vergüenza!

—¡Palabras, Pedro, palabras!, es preciso que te dejes esa teoría que sustentas; el dinero es el todo; por él mi voluntad es omnívoda; por él tendrás que ceder á mis pretensiones.

—Y si no quiero? insistió el obrero.

—Cometerás una tontería; ya hoy la miseria te agobia, mañana te será insoportable; trabajo... yo me arreglaré para que no encuentres; llegará un día en que verás á tu hija pedirte pan y no podrás dárselo. ¿Estás seguro de que ella misma no procurará buscárselo por los medios que pueda? Y entonces, ¿qué harás? Elegir entre pedir limosna ó robar, yendo después á habitar en un presidio, ó morirte de hambre sin el auxilio de nadie.

El honrado obrero, bajo aquellas palabras, iba perdiendo la serenidad.

—¿Y por qué razón? ¿No tengo yo a vivir el mismo derecho que usted?

El amo se echó á reír. ¡Derechos!—dijo—¡Hablar de derechos sin una peseta en el bolsillo... tiene gracia! Y continuó riendo.

Pedro no pudo contenerse más y se adelantó hacia él enérgico, imponente. ¡Pues bien!—dijo—si mis derechos se me niegan, si á mi hija por ser pobre se la condena á la deshonra, si no me queda otro camino que venderla ó morir... moriré, pero te habré estrangulado antes, ¡miserable! Y abalanzándose sobre el sorprendido señor Z. le cogió el cuello con ambas manos haciéndole caer al suelo.

El agredido quiso gritar, pero las manos de hierro de Pedro ahogaban la voz en su garganta.

No obstante, el ruido consiguiente á la lucha atrajo gente á la estancia. Cuando llegaron, aun Pedro de rodillas apretaba con una especie de frenesí la garganta de su antiguo amo, cuyo cuerpo tendido en tierra era ya solo un cadáver.

Al verse rodeado Pedro se levantó y señalando al muerto exclamó: «Es el único derecho que me ha dejado.» Y lanzó una estridente carcajada. Estaba loco.... Los jueces no pudieron castigar la muerte del Sr. Z. en este infeliz, ni mucho menos saber la causa que la había motivado, pues sólo un curioso criado que desde otra habitación lo oyó casi todo, siendo el que después me lo refirió á mí, pudiera haber dado detalles, mas no me fué posible conseguir que lo hiciera, por miedo á la justicia.

Por eso, aun después de su locura persigue al pobre Pedro la desgracia, pues su honrado nombre es considerado como el de un asesino y su mujer y su hija sin hallar trabajo por ser quien son, piden por caridad un pedazo de pan de puerta en puerta.

—¡Historia tan triste como horrible!

—Pero es muy frecuente, hija mía; es la eterna historia de la miseria.

—Pero esas desdichas, ¿quién puede remediarlas?

—Nadie... y todos.

—¿Pero quién es responsable?

Mírome el anciano fijamente y respondió con voz solemne:

—Hija mía, las deficiencias de la sociedad.

Salía del establecimiento apesadumbrada; la historia del pobre obrero loco me había emocionado; las últimas palabras del narrador me iban haciendo pensar.

Casi al cruzar la puerta para salir á la calle, Pedro volvió á encontrarse con nosotros. Esta vez iba hablando con otro demente, á quien repetía su cantinela:

«Los mártires del trabajo no podemos tener hijos, mientras el pueblo no sea libre.»

—Sin saber por qué—dije al complaciente director, mientras le daba la mano en señal de despedida—esas palabras me conmueven y resuenan en mi oído, no cual las de un alienado, sino como el eco de todo un pueblo que habla por su boca.

—No es extraño, amiga mía, respondió tristemente, porque ya conoce usted el adagio:

«Los niños y los locos....»

BELÉN SÁRRAGA DE FERRERO.

Cárcel-Hospital.

También manifiéstales
que acabó ya el tiempo
en que, á cambio de miserables monedas,
se compraba el cielo.

Dí que no le asusten
aquellos infiernos,
donde se cuece el rancho que alimenta
á Pedro Botero.

Que no les espanten
el crujir de huesos,
el maldecir, el rechinar de dientes,
los rabos, los cuernos.

El gemir ahogado,
el horrible estruendo,
ni el eterno furor con que describen
aquel gran averno.

Que todo ese cuadro
de fantasmas lleno,
es un mito no más, que sirve sólo
de engañoso anzuelo.

Diles que hay malvados,
y ponles ejemplos,
recordando al puñado de valientes
que les combatieron.

Dí que hubo un Figueras,
y un Prim y Amadeo,
y un Zorrilla, y á más un Villacampa,
de gran valimiento

Dile que en tu mente
desde aquí estás viendo
la sepultura donde yace Orense,
al pie de un gran cerro.

Que su historia puede
servir de modelo,
y que sigan sus huellas si pretenden
hacer algo bueno.

Que en vanas querellas
no pierdan el tiempo,
sino que rompan los antiguos moldes
que oprimen al pueblo.

Que traigan República,
librepensamiento,
y que entonces verán, mas sólo entonces,
lo que es el progreso.

ANGELES LOPEZ DE AYALA.

Gracia, Octubre 1896.

ESTRELLA!

I

En su cunita de mimbres
duerme la pequeña Estrella,
y con sublime ternura
su madre su sueño vela.

Las gracias de aquel querube,
realzadas por la inocencia,
¡ay! ¡qué gratas ilusiones
y qué esperanzas risueñas
en el corazón amante
de aquella mujer despiertan!
Al ver los dorados rizos
de su blonda cabellera
que su blanca frente adornan
cual riquísima diadema,
y la graciosa sonrisa
de su boquita hechicera,
piensa ¡pobrecita malrel
que cuando la vejez venga
con su séquito de lágrimas,
enfermedades y penas,
Estrella será una joven
de seductora belleza,
que cual ángel cariñoso
se desvivirá por ella
mitigando sus dolores,
consolando sus tristezas...
Y así entre sueños de rosa
vive feliz y contenta.

II

Diez años han transcurrido
y, aunque muy niña la Estrella,
las velas y las estampas
ya prefiere á las muñecas,
y á los juegos infantiles
las funciones de la iglesia.
Es que siguiendo el consejo
de su devota maestra,
con un padre franciscano
muy á menudo confiesa,
y éste un día y otro día
con santo celo le enseña
que los placeres del mundo
todos son vanas quimeras,
y que es preciso que el alma
que la perfección anhela,
con valor rompa los lazos
que la ligan á la tierra.

III

Cual flor que el cierzo marchita,
en una sombría celda
una joven religiosa,
pálida como una muerta,
en el suelo arrodillada
ante un crucifijo reza
y lágrimas y suspiros
en su plegaria se mezclan.
¡Ay! que piensa en su infancia,
es que á su madre recuerda,
es la voz del sentimiento,
el grito de la conciencia
que la reprende y la dice:
«¡Oh hija ingrata y perversal
¿Cómo es que á tu anciana madre
que con solicitud tierna
velaba tu dulce sueño,
te cuidaba estando enferma,
hoy que de ti necesita
abandonada la dejas?
¿Así pagas sus desvelos?
¿Así su amor recompensas?»
Entonces ¡oh Dios! qué lucha
tan cruel se desencadena
en el alma de la monja
que en su fanatismo piensa
que es el tentador demonio
el grito de su concienzial
Piensa, si, que es el maligno
que, deseando perderla,
con los recuerdos mundanos
día y noche la atormenta;
y á fin de vencerle ora
y aumenta sus penitencias.
Los ayunos y silicios
pronto su salud alteran,
su imaginación se exalta,
y entonces con gran frecuencia
las visiones infernales
con las celestes alternan,
y allá en las sombras del claustro
aquella infeliz doncella,
víctima del fanatismo,
concluye con su existencia.

IV

En tanto una pobre anciana,
desvalida, casi ciega,
en su muleta apoyada
mendiga de puerta en puerta;
y cuando al caer la tarde
á su triste hogar regresa,
sus perdidas ilusiones
con sarcasmo le recuerda
una cunita de mimbres
que con sus lágrimas riega.

Recuerdos de horas pasadas
felices y placenteras,
el alma de aquella mártir
destrozan con saña fiera;
y en situación tan amarga
pasa la noche, y no llega
el benéfico Morfeo
á dar á sus penas tregua.
Por fin al dolor repñida
su débil naturaleza,
por el frío pavimento
su exánime cuerpo rueda,
y en su terrible agonía
pronuncia el nombre de «Estrella»,
de su hija idolatrada,
que, cumpliendo con las reglas
de su religión, procura
allá en la sombría celda
¡¡¡borrar de su alma el recuerdo
de quien le dió la existencia!!!

MARIA TRULLS ALGUÉ.

Igualada, Octubre 1896.

REDENTORES

Es ley inmutable en la natura,
Tan fija cual la ley de la atracción,
La que marca á la humana criatura
Una continua y rápida ascensión,
Por la que una verdad ayer oscura,
Hoy nos muestra su clara irradiación.
Esta ley, innegable hasta el exceso,
Es la ley sacrosanta del progreso.

Ella del mundo, ayer materia errante,
Hizo surgir los montes y los mares,
En ellos aumentando á cada instante
Especies transformadas á millares,
Aquí, vegetación exuberante,
Más allá, en variedades singulares,
Las razas que en la piedra comenzando
Concluyen por el hombre al fin formando.

Después... ante la humana inteligencia
Sigue el progreso su ascensión marcada
Desarrollando el germen de la ciencia
A las artes y letras ajustada,
Transformando, del tiempo la experiencia,
Cada tribu, en nación civilizada.
Así el progreso avanza, de su nombre,
Haciendo agente principal al hombre.

Agentes que, á la humanidad temprana,
(De su sagrada lumbre á los fulgores)
De la verdad, que es ciencia soberana,
Divulgaron los claros esplendores;
Ellos son y serán, hoy y mañana,

De nuestra sociedad los redentores;
Por la verdad, los unos pereciendo,
Los otros, por el bien mártires siendo.

Todos igual, sin distinción alguna,
Que si el bien á los hombres hace hermanos,
Del saber las verdades una á una
Dignifican á todos los humanos.
No hay pues, en realidad razón alguna
De á unos negar, dando á otros lauros vanos,
Que es muy grande un Jesús, pero á su lado
Ilumina un Colón todo un pasado.

Que no es redentor sólo quien predica
(Por más que el fanatismo así lo quiere),
Una moral sublime en que radica
La ley de amor que el hombre conociere;
Que lo es también aquel que se dedica
La verdad á buscar y al fin la inquiere.
¡Ahumilde de una planta en lo profundo,
O ya orgulloso descubriendo un mundo.

Sócrates apurando la cicuta
Que á una temprana muerte le condena;
Siendo él quien prepara sin disputa
La misión que despues un cristo lleva;
Un Galileo á quien, con maña astuta,
En el nombre de un Dios se le condena,
Porque, contradiciendo á algún profeta,
Prueba la redondez de este planeta;

Franklin, el pararrayos inventando;
Un Guttenberg, la imprenta construyendo;
Newton, la ley de gravedad hallando;
Copérnico, un sistema descubriendo;
Papin, la fuerza del vapor mostrando;
Muchos mil, adelantos consiguiendo...
A todos por igual, sin distinción,
Debe la humanidad su redención.

Por eso, cuando torpe la ignorancia,
En el nombre de antiguas religiones,
Enseña un redentor con arrogancia
Dando á otros solo hoguera, excomuniones,
Me anuada en verdad su intolerancia,
Sin poder aceptar sus opiniones.
¡Un redentor tan solo! ¡y yo que creo
Que redentores por doquiera veol

Si; cuando miro al sabio que se ufana
Arrancando un secreto á la Natura
Que ha de hacer en el próximo mañana,
Adelantar la sociedad futura,
Mi vista contemplándole se afana,
Y un noble redentor se me figura,
Y mejor que ante bíblico amuleto,
Ante el mi fé se inclina con respeto.

Y los que amantes de ideal augusto
Del pueblo se proclaman defensores
Dándole á conocer lo bueno y justo
Y haciéndole abdicar de los errores,
Los que desprecian privilegio injusto
Y anhelan de igualdad los esplendores,
Al defender derechos tan sagrados,
Redentores merecen ser llamados.

Y es redentor, el triste proletario
Que en lucha con su misero destino
Hace de su existencia otro calvario,
Prolongado y cruel, si no es divino,
Pues que le acosan con encono vario
Y luchando constante con su sino
El mismo alcabzara su redención
Al rechazar la vil imposición.

También redime la mujer que amante
Del santo hogar, y con afán prolijo,
Dedica de su vida todo instante
Al amor de su esposo y de su hijo;
Que á su deber á toda hora constante
No tiene más afán ni anhelo fijo
Que construir con su sencilla homilia
Un bello edén de amor en su familia.

Redimen los que inquietan, los que crean,
Redime todo el que verdad difunde,
Quien, siendo sus creencias las que sean,
El bien en los humanos siempre infunde.
Redimen los que solo se recrean
En enseñar y la ignorancia hunden,
Redime, en fin, quien pensador se llama,
Quien analiza, quien consuela y ama.

Lejos, pues, esas rancias teorías
De que solo redime el religioso,
Pues dice la verdad en nuestros días,
Que el triunfo de la ciencia es más hermoso;
Que redimen también las energías
Del ser que feliz muere venturoso
Si al cabo con su muerte ha conseguido
La libertad ganar del oprimido.

Injusto es así, pues, que á un solo hombre
Rindamos lauros por cien mil ganados;
No siempre el redentor conquista un nombre.
¡Hay tantos redentores ignorados!
Procuremos de hoy más, aunque eso asombre
Al sectario de tiempos ya pasados,
Reparar tan fanática injusticia,
Haciendo á todos por igual justicia.

No un mártirio no más dignifiquemos;
En que hay mártires muchos yo me fundo,
Ante ellos nuestras frentes inclinemos
Con respeto tan grande cuan profundo.
Tal acción en justicia hacer debemos,
Ya que son redentores de este mundo
Todos los que, en las alas del progreso,
Combaten el sombrío retroceso.

BELEN SÁRRAGA DE FERRERO.

Cárcel-Hospital.